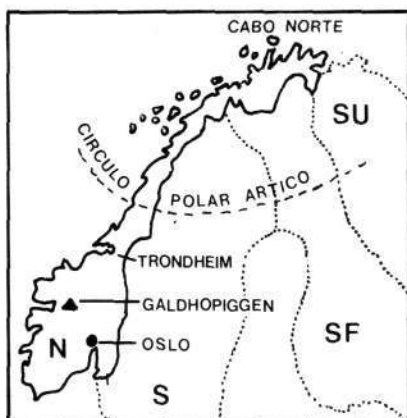


# POR LOS CAMINOS DEL NORTE

Luis Alejos



Es curiosa la discusión sobre el «Techo» de Noruega. Hace unos años el departamento geodésico noruego determinó oficialmente que el monte más alto era el Glittertinden, con 2.470 metros. Sin embargo esta declaración no ha sido aceptada por la mayor parte de los expertos, porque en esa altitud está incluida la capa de hielo permanente de varios metros de espesor, que cubre la cumbre.

Adoptando el criterio —más generalmente aceptado— de considerar la altura de las montañas «desnudas», nos encontramos con que el techo de Noruega es el Galdhøpiggen (2.469 m.) situado en la misma zona del glaciar de Jotunheimen («La casa de los dioses»), a unos 10 Km. al SW del Glittertinden.

— Kartajanari —

Más de año y medio me ha costado decidirme a escribir este relato. No me animaba, a pesar de tener la documentación lista, fundamentalmente por dos razones: una, que atravesar la península Escandinava, penetrando en el círculo polar, merece algo más atractivo que esto que yo estoy en condiciones de ofrecer; la otra, que la única cima alcanzada, con ser célebre, resulta una ascensión casi intrascendente: breve, suave, fácil y, para colmo, la niebla nos impedía ver su entorno.

Es cierto que se trataba de un viaje esencialmente turístico, concretamente de llegar al límite de Europa, al Cabo Norte, pero también nos habíamos fijado objetivos de montaña: alcanzar una cumbre significativa dentro del círculo polar, a poder ser el Sulitjelma (1.914 m.); recorrer el glaciar Jostedalbreen, el más extenso de Europa y por fin ascender la principal montaña de la península, el Galdhøpiggen (2.469 m.).

De las metas previstas sólo cubrimos la última, tal vez la menos interesante. Por causas diversas tuvimos que renunciar a las otras dos: insuficiente conocimiento del terreno, condiciones climatológicas adversas, limitación de tiempo...

## RODANDO POR UN MUNDO DIFERENTE

Por carretera, el Cabo Norte está a 5.000 km. de Euskadi y pienso como casi todos los récords, que no compensa un viaje tan largo, para conocer el pueblito más septentrional del globo, saberse a 2.000 km. del polo en línea recta, o contemplar el sol de medianoche. Precisamente este espectáculo es visible desde lugares menos lejanos y por cierto, aunque allí el sol no se pone desde mediados de mayo hasta finales de julio, son muchas las probabilidades de que esté lloviendo o cuando menos lo oculte la niebla. Ambos fenómenos se daban cuando estuvimos allí, así que nos tuvimos que conformar con la postal alegórica.

Si merece la pena atravesar centroeuropa: Francia, Bélgica, Alemania Occidental, para conocer, si puede ser no sólo de pasada —que es lo que lamentablemente tuvimos que hacer nosotros— los múltiples contrastes de los países escandinavos. Empezando por Copenhague, con sus torres, canales y bicicletas; deteniéndose en Estocolmo, al menos para visitar el museo de historia de la civilización sueca, que es una forma de conocer todo el país.

Después, recorrer, a la orilla del Báltico

por impecables y tranquilas carreteras, el inmenso bosque de coníferas que es Suecia. Penetrar en Finlandia y, por Rovaniemi, conocida como la capital de los lapones, lo cual no es muy propio pues se trata de un pueblo eminentemente nómada. cruzar el círculo polar ártico, la frontera entre el día y la noche polares. Los coleccionistas pueden obtener un certificado de su paso por este lugar.

La carretera apunta derecho al norte en tan extensa planicie; únicamente se aparta para bordear multitud de lagos, entre ellos el inmenso Inari, situado en los límites con la URSS. La escena de los lapones vendiendo pieles y astas de reno a los turistas se repite cada pocos kilómetros, siendo aún más frecuente en Noruega.

La vegetación y el clima empiezan a transformarse. Los espléndidos abetos han desaparecido, sólo quedan raquíticos pinos que sobreviven junto a hermosos sauces y abedules de corteza plateada. También éstos acaban perdiendo su esbeltez, quedando reducidos a la condición de frágiles arbustos y desapareciendo definitivamente de la tierra árida cubierta por esponjosos líquenes.



Nada más entrar en Noruega (su significado es camino del norte), pudimos comprobar que es fundada la mala fama de sus carreteras. En esta zona o están sin asfaltar o se encuentran en pésimo estado; una buena razón, entre otras, para ir a ser posible con vehículo todo terreno. Es comprensible: las carreteras permanecen bloqueadas por la nieve hasta seis meses al año. ¿Para qué arreglarlas? Además, como los núcleos urbanos están situados en la costa y el mar nunca se hiela, debido al influjo de la llamada Corriente del Golfo, el medio de comunicación más rápido y seguro, particularmente en invierno, es el barco.

Llegamos a Karasjok, pueblo conocido por ostentar la marca de la temperatura mínima europea: menos 51 grados. Está situado en plena Laponia, en la región de Finnmark, donde durante ocho meses al año están bajo cero y en julio, el mes más caluroso, no se alcanzan los 15 grados.

La fisonomía del terreno empieza a ser accidentada; las cumbres, que apenas superan los 1.000 m. e incluso simples colinas, lucen amplios neveros. El cielo está casi permanentemente cubierto, negros nubarrones avanzan ininterrumpidamente

hacia el Norte; puede que de vez en cuando asome el sol, no obstante los chubascos son frecuentes.

Con tal panorama no resulta alentador ponerse a plantar una tienda de campaña; ciertamente no es ese el tipo de turismo que se suele practicar por esos parajes. Las caravanas y sobre todo, furgonetas preparadas, constituyen el método más utilizado. Nosotros alternamos la tienda con los Albergues de Juventud que, por un precio razonable y sin limitaciones de edad, ofrecen buenas instalaciones. Los terrenos de camping no tienen ningún interés, espacio y agua se encuentra en cualquier parte en un país constituido en más del 80% por zonas montañosas y bosques; por ello suelen disponer de pequeñas cabañas de madera para cuatro personas que resultan asequibles. Lo difícil en la ruta habitual del Cabo Norte es encontrar una libre a partir de media tarde; este inconveniente suele darse también en los albergues.

#### MIRANDO HACIA LAS CUMBRES

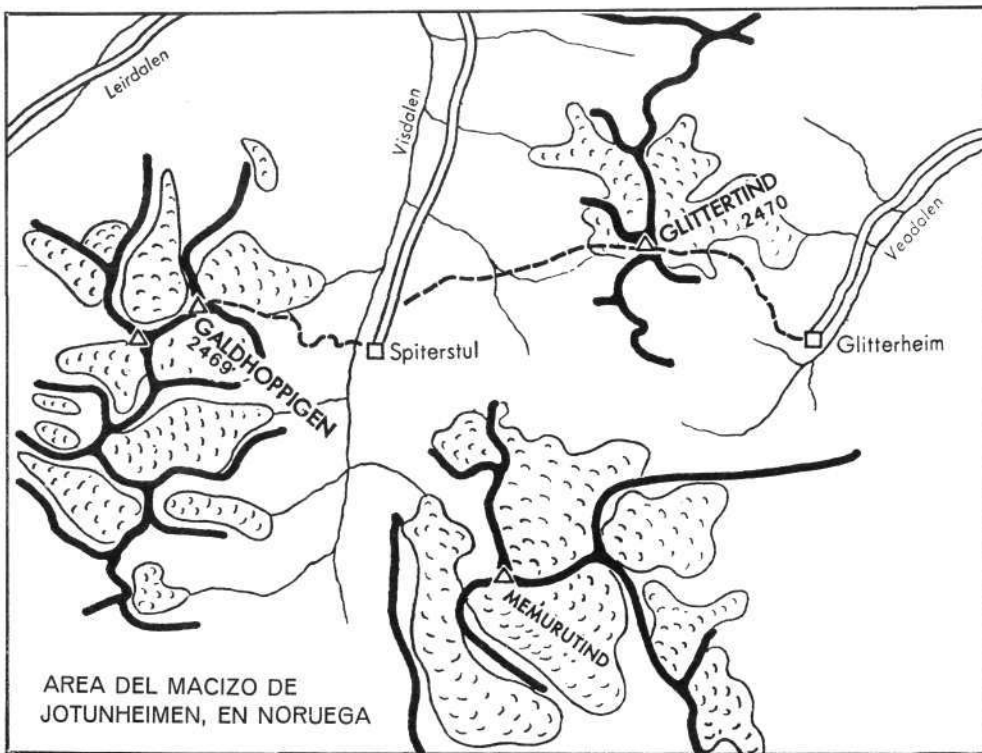
De vuelta ya del Cabo Norte, tras muchas horas de espera para poder hacer la travesía a la isla Mageroy, lugar en que se

#### *Campamento lapón en Finnmark*

encuentra, y otro tanto al regreso; después de ocho días de incesante rodar, con la impresión de haber participado en un rallye a través de Europa, siendo el distintivo común de los vehículos participantes llevar sobre la baca unos cuernos de reno, decidimos acometer los objetivos de montaña.

El paisaje vuelve a cambiar; empieza a ser como tal vez todos lo hemos imaginado: agrestes cimas que no alcanzan los 2.000 m. y semejan cuatromiles, pues los glaciares descienden por sus laderas, fundiéndose en ocasiones en las aguas del mar. Innumerables torrentes se precipitan desde las alturas; la cascada escalonada de Kile, 561 m. de desnivel, está considerada como la mayor de Europa. Bajo las cumbres, el denso bosque: coníferas y abedules, por supuesto, también sauces y álamos.

El cercano mar no resulta menos espectacular. La costa tiene una extensión de 2.650 km. que se convierten nada menos que en 28.000, contabilizando fiordos y ensenadas. Si añadimos las 150.000 islas e islotes... La costa es pues tremendamente



Viejas construcciones escandinavas

recortada; a la orilla del mar suelen aparecer abruptos torreones y caprichosas agujas que ofrecen atractivas vías de escalada.

Descendiendo hacia el S. por Noruega, la carretera discurre generalmente muy próxima a la sinuosa costa, y como el terreno es bastante accidentado, entre curvas, contracurvas, subidas y bajadas, la ruta se hace dura y la marcha lenta. Puede ser más rápido recorrer 1.000 km. por Suecia y Finlandia que 300 en Noruega, dado que, además de los obstáculos del terreno, es frecuente tener que utilizar ferrys para atravesar los fiordos, perdiendo un tiempo considerable.

En línea recta los puntos extremos del país distan 1.750 km. y unos 1.000 más

por carretera. Oslo está aproximadamente a medio camino entre el Cabo Norte y Euskadi. Todos estos datos permiten comprender lo largo y penoso que resulta atravesar Noruega.

Unos 100 km. antes de salir del círculo polar intentamos nuestra primera ascensión. En Fauske abandonamos la carretera general y por otra muy buena que atraviesa varios túneles interminables nos dirigimos a Sulitjelma, pueblecito del mismo nombre que la cima a la cual queríamos ascender. Lo atravesamos y proseguimos por una pista que nos llevó a la orilla de un extenso lago situado a unos 700 m. de altitud. El paraje era encantador, pero no resultaba adecuado para realizar la ascensión; la cadena de montañas, fronteriza con Suecia,

quedaba muy distante.

Aprovecharíamos la ocasión para dar un paseo por el bosque de abedules que rodea el lago. Tanto en la orilla de éste como en la espesura aparecían numerosas cabañas de madera; hasta donde pudimos utilizamos los senderos que enlazan unas con otras para poder avanzar entre la espesa vegetación. Nos animamos y ascendimos a una cumbre que ya superaba los 1.000 m., desde donde era posible contemplar el lago y localizar el núcleo central del macizo.

Al bajar vimos algunos renos, y encontramos unas astas que conservaríamos como valioso recuerdo, pues no es fácil conseguirlos al margen de los cauces mercantiles establecidos por los lapones.

De vuelta al pueblo dimos con otra pista que ascendía en dirección a la cordillera; la tomamos pero tuvimos que continuar a pie porque topamos con una barrera. Al cabo de dos horas llegamos a una presa en construcción, al pie mismo de las cumbres; cualquiera de ellas podía ser el Sulitjelma (1.914 m.); había varias, todas cubiertas de nieve, la niebla impedía comprobar cuál era más elevada. Preferimos no aventurarnos y volvimos sobre nuestros pasos.

Aún haríamos otro intento en el límite del círculo polar, en el Extremo S. del glaciar Svartisen, el segundo de Noruega. Cuenta con diversas cumbres de 1.500 m., y cualquiera de ellas nos serviría como meta. En Rosvoll, cerca de Mo, giramos a la derecha en dirección N., hasta Svartisdal («dal» es valle); continuando por una pista dimos con un lugar turístico a la orilla de un lago. Nos pusimos a caminar; ya era media tarde, pero la hora no tenía por qué preocuparnos, la noche no se nos echaría encima.

Estuvimos bordeando el lago durante una hora; no era muy extenso, pero numerosos arroyos inundaban el terreno y había muchos árboles troncados que obstaculizaban la marcha. Los turistas llegaban antes, una lancha les transportaba de orilla a orilla.

En el otro extremo un amplio camino remontaba la pulida muralla de roca; era inequívoco que por allí se había deslizado un glaciar. A la izquierda tronaba una cascada; surgía impetuosa de una gruta colgada de la pared. En seguida divisamos el glaciar, su lengua se sumergía en una laguna; sobre el agua flotaban azulados témpanos de hielo que eran atraídos por la corriente hacia un sumidero; se empotraban en su boca y la fuerza del agua les iba diluyendo. Nunca habíamos visto cosa semejante. Aquí estaba el origen de la cascada.

Proseguimos; aun no habíamos alcanzado ni 500 m. de altitud. Ante nosotros, hacía el NO., teníamos una extensa llanura de grava y arena por donde serpenteaba un riachuelo. La atravesamos e iniciamos la ascensión de una cima rocosa compuesta de innumerables terrazas superpuestas. La estructura de esta cumbre resultaba sorprendente; las capas de roca eran muy espesas y estaban bastante inclinadas, de tal forma que nos veíamos forzados a subir ininterrumpidamente; no había manera de bordearlas. Desde lo alto vimos ocultarse el sol tras otros montes más altos, cuando llevábamos tres horas de marcha.

Descendimos al collado por la ladera opuesta, para desde allí alcanzar la parte superior del macizo; abundaban los líquenes y estaba terriblemente encharcado; en las inmediaciones había caprichosas pirámides de arena que recordaban el paso del glaciar. Al otro lado del collado aparecía un nuevo valle.

Reanudamos el ascenso, esta vez por una ladera cubierta de arbustos; caminábamos muy próximos a un torrente para evitar en lo posible la espesa vegetación. Luego, por terreno pedregoso, siguiendo el curso de agua, llegamos a un pequeño lago; continuamos subiendo suaves terrazas, divisamos varias lagunas más y al rato alcanzamos una amplia cresta. Siempre avanzando en dirección N. llegamos hasta un mojón de piedras que señalaba un punto culminante. Podíamos estar a unos 1.200 metros y hacía casi cinco horas que habíamos emprendido la marcha.

Estábamos en una elevada meseta muy irregular, nos rodeaban otras cumbres similares a aquella en que nos encontrábamos. Al O., en una depresión, aparecía de nuevo el glaciar; nos separaba de otras cimas bastante abruptas parcialmente cubiertas por la niebla. Resguardados del viento tras las rocas, volvíamos a contemplar el sol en un cielo plomizo, precisamente a medianoche.

Retornamos sin haber alcanzado una cumbre significativa en el círculo polar; cansados, pero satisfechos de la aventura. Además, ese día estuvimos de suerte, en las ocho horas que vino a durar la travesía no nos llovió. Cuando llegamos al coche, de madrugada, el sol empezaba a iluminar las cimas. Montamos la tienda y nos acostamos hasta el mediodía.

#### **ASCENSION AL GALDHOPIGGEN (2.469 m.).**

Es la cima de mayor renombre, aunque no la más elevada; su vecino el Glittertinden le supera en tres metros. En las guías turísticas e incluso atlas geográficos, éste suele ser ignorado; puede deberse a que



*Uno más entre los innumerables lagos finlandeses*



*Costas tremendamente recortadas: fiordo*

su ascensión no resulta tan fácil o tal vez porque no es vértice geodésico.

Ambos son, junto al Skagastolstindane (2.405), las únicas cumbres escandinavas que superan los 2.400 m. Se encuentran en el macizo de Jotunheimen, el más importante de la península; en sus proximidades hay otros significativos núcleos de montañas: los parques naturales de Rondane y Dovrefjell, el glaciar Jostedalbreen que con 815 km. de superficie y 70 de longitud es el más extenso de Europa.

Son varios los glaciares de meseta que quedan como vestigio de las últimas glaciaciones; cuando hace 20.000 años Escandinavia estaba cubierta por un caparazón de hielo de 2.000 ó 3.000 m. de espesor. En la actualidad, en Noruega, el espacio ocupado por glaciares es tres veces el de

las ciudades.

Para aproximarnos, desde Otta nos dirigimos a Lom y de aquí a Galdesand; está a 19 km. del anterior y 556 m. de altitud. De este pueblecito parte una pista, de peaje, muy pendiente y llena de baches, que pasa junto a una aldea llamada Raudbergtulen (1.008) y llega hasta un pequeño lago junto al cual se encuentra un hostel-refugio denominado Gjuvasshytta, situado a 1.841 metros.

En esta región de Noruega abundan las rutas de montaña a peaje; son frecuentes en los accesos de los refugios, que a diferencia del norte del país, son aquí numerosos e incluso han sido instalados en las cimas; al menos en las dos más elevadas.

El Galdhoppiggen es también accesible

por pista de peaje desde Roysheim, un km. antes de Galdesand. En este caso el desnivel es mayor, se sube desde Spiterstulen (1.106), tiene la ventaja de que también sirve de base para ascender al Glittertinden, aunque tampoco en este caso es el itinerario habitual.

Como de costumbre, el cielo estaba cubierto y hacía frío, no obstante, la cumbre era visible en medio de un amplio glaciar. Era por la tarde, pero, ¿para qué esperar al día siguiente?; parecía tan fácil y lo teníamos tan al alcance de la mano...

El punto de partida es un paraje llano y rocoso; el camino es amplio, suave y pedregoso. Andando a buen paso llegamos al borde del glaciar en menos de una hora. En este trecho hay que atravesar algunos neveros. Un cartel colocado sobre la morrena advierte el peligro de las grietas, recomendando la utilización de material adecuado; nos resultó un tanto ingenuo.

Cuando entramos en el glaciar la cima ya estaba cubierta y no tendríamos ocasión de volver a verla. La travesía del glaciar es también suave, la nieve está dura y las escasas grietas son perfectamente visibles. En media hora alcanzamos el contrafuerte rocoso por donde discurre la ascensión; la pendiente es ahora un poco más fuerte y la nieve se alterna con la roca. Sin problema.

Un pequeño giro a la derecha para acometer la pala final que es completamente de nieve, estando algo más inclinada que el resto y... derecho hasta el refugio; de allí a la cumbre no hay más que unos pasos. Total, dos horas escasas.

Pasamos un rato en el refugio y después nos acercamos a la cima. Había una tabla de orientación, pero de poco nos sirvió; hacía rato que nevaba intensamente. Y eso que nos encontrábamos en la región más seca de Noruega, donde, a decir de la pro-

paganda turística, llueve incluso menos que en el Sáhara. No obstante, es cierto que Noruega es el país de la Europa del norte que cuenta con las regiones de precipitaciones más dispares; estas son más frecuentes en verano y hay una diferencia considerable entre la costa y las mesetas del interior.

Descendimos en hora y cuarto, dando por finalizadas nuestras aventuras montañosas en tierras escandinavas. Después nos acercamos al Jostedalsbreen, pero sólo para contemplar desde el valle sus tentáculos de hielo.

#### A MODO DE CONCLUSION

En este artículo he intentado transmitir mis limitados conocimientos sobre la región más septentrional y dispar de nuestro continente. Basándome en la experiencia adquirida, deseo acabar haciendo algunas otras observaciones que alienten a los amantes de la naturaleza a dirigir sus pasos hacia aquellas tierras.

Escandinavia está más cerca de lo que parece; bastan tres días para situarse en sus fronteras, pero es muy extensa y conviene disponer al menos de un mes completo para recorrerla. El costo no debe ser motivo de renuncia, salvo en situaciones económicas muy precarias; es cuestión de organizarse bien y ser capaces de soportar las tentaciones del consumismo.

Noruega está compuesta en su mayor parte por elevadas mesetas; su altitud media es de 500 m., frente a los 300 del conjunto europeo. Se trata pues de un lugar idóneo para la práctica del montañismo. Sugiero, a quienes se dirijan allí con la ilusión puesta en las cumbres, las cimas que he citado y, además, que en Suecia se lleguen hasta el Kebnekajse (2.123), el 2.000 más próximo al Polo, y de paso que se acerquen al parque limítrofe Stora Sjöfallets. Advierto que la documentación es fundamental; salvo en lugares muy precisos no existe señalización y en las condiciones climatológicas que son habituales vale más no fiarse de la intuición.

Escandinavia es, de verdad, un fastuoso parque natural. Sin contaminación, sin aglomeraciones, salvo para atravesar los fiords: sólo un 0,4 % del territorio noruego está ocupado por ciudades: Después de Islandia, es el país europeo de menor densidad de población; aún es posible conocer la soledad en sus despobladas altiplanicies. Llena de contrastes respecto al resto de Europa e incluso en sí misma, la península escandinava es por demás singular; hasta el extremo de romper con la frontera entre el día y la noche. Aún recuerdo la extraña sensación que sentimos en el círculo polar; era como vivir un día eterno, pero tan gris, que no era la luna, sino el sol, lo que añorábamos.

Fotos del autor



Glaciares de meseta, vestigio de las últimas glaciaciones. Svartisen  
Parecía tan fácil y la teníamos al alcance de la mano. Galdhopiggen

